

San Josemaría Escrivá y el renacer de vocaciones sacerdotales en el Perú

El Perú no puede quedarse sin sacerdotes. Son palabras de San Josemaría, pronunciadas en el Perú en el mes de julio de 1974 cuando nos visitó en Lima, que manifiestan mucho más que un deseo, una propuesta.

Cuando San Josemaría fue llamado a la casa del Padre, el entonces Cardenal Prímado de España González Martí escribió estas palabras: "Cuando se haga la historia de estos años de la vida de la Iglesia en España y en otros países, el valioso del espíritu del Opus Dei entre sacerdotes diocesanos será uno de los hechos más decisivos para valorar la huella dejada por Mons. Escrivá de Balaguer en la vida de la Iglesia".

5. San Josemaría Escrivá y el renacer De vocaciones sacerdotales en el Perú Pbro. Dr. Vicente Pazos Universidad de Piura

Esta huella se ha hecho presente en cada país e circunstancias distintas. En el Perú se realizó con ocasión de su deseri del papa, entonces Pío XII y el carisma de San Josemaría.

San Josemaría Escrivá y el renacer de vocaciones sacerdotales en el Perú

El Perú no puede quedarse sin sacerdotes”. Son palabras de San Josemaría, pronunciadas en el Perú en el mes de julio de 1974 cuando nos visitó en Lima, que manifiestan mucho más que un deseo: una propuesta.

Cuando San Josemaría fue llamado a la casa del Padre, el entonces Cardenal Primado de España González Martín escribió estas palabras: “Cuando se haga la historia detallada de estos años de la vida de la Iglesia en España y en otros países- este influjo del espíritu del Opus Dei entre sacerdotes diocesanos será uno de los hechos más decisivos para valorar la huella dejada por Mons. Escrivá de Balaguer en la vida de la Iglesia”¹.

Años más tarde esto mismo lo proclamó solemnemente la Santa Sede en el DECRETO PONTIFICIO sobre el ejercicio heroico de las virtudes del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, el 9 de abril de 1990.² “La labor desplegada en este campo por el Siervo de Dios, en primera persona o por medio de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, le convierte en un luminoso ejemplo de celo para la formación sacerdotal”.

Esta huella se ha hecho presente en cada país en circunstancias distintas. En el Perú se realizó con ocasión de un deseo del papa, entonces Pío XII y el cariño de San Josemaría al Perú.

¹ Cardenal M. GONZÁLEZ MARTÍN, *La huella de un hombre de Dios*, en AA.VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Pamplona 1985, p. 390.

² DECRETO PONTIFICIO sobre el ejercicio heroico de las virtudes del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, Sacerdote, Fundador del Opus Dei. Roma 9 de abril de 1990.

Cariño al Perú que apuntaba a la santidad del pueblo cristiano, imposible sin la mediación del sacerdote. Su profundo amor a los sacerdotes diocesanos y su preocupación pastoral por ellos comenzó en el seminario donde, nombrado muy pronto uno de los superiores del mismo, se entregó a la formación de sus discípulos con toda su alma, con toda su generosidad. Llegado al sacerdocio pudo experimentar las circunstancias de la labor sacerdotal, en parroquias rurales, Perdiguera y Fombuena. En Madrid y desde Madrid se desvivió por sus hermanos sacerdotes de todo España, a veces de forma heroica, como se irá mostrando en futuras biografías sobre su persona. En la década del 40 atendió a miles de sacerdotes y seminaristas en cursos de retiro, a los que era llamado por los distintos obispos. Fue una ocasión especial para vivir muy de cerca sus luchas, su "soledad", sus necesidades. Todo ello terminó configurando en su alma la necesidad de hacer, no algo, sino mucho, por sus hermanos sacerdotes. Cuando el Opus Dei ya había alcanzado determinado desarrollo, decidió y lo comunicó a la Santa Sede, a sus hermanos Carmen y Santiago y a algunos hijos suyos, dejar el Opus Dei para dedicar todas sus energías a una nueva fundación, exclusivamente sacerdotal. Gracias a Dios no fue necesario pues encontró, por inspiración divina, la solución adecuada dentro de la Obra. Su generosidad recordaba a la de Abraham.

El año 1974 nos confiaba en una reunión con sacerdotes cerca de Lima: **"Vino Monseñor Samoré a casa, y me dijo: vengo de parte del Santo Padre era Pío XII para ver si usted quiere escoger una Prelatura de las del Perú. Y yo le contesté: no quiero escoger ninguna Prelatura, ni queremos ser prelados de nada. Pero el Papa está tan ilusionado..., contestó Monseñor Samoré (...). Pues entonces no la escojo, le contesté. Que escojan los demás, y lo que nadie desee, con ésa nos quedamos..."**³

3 SASTRE, Ana, "Tiempo de caminar", 4ª ed. Rialp, Madrid, 1991. p. 447.

Añadió inmediatamente: Y nos tocó el pedazo fuerte, el que nadie quiso. El dialogo con Mons. Samoré fue en abril de 1957. El dos de octubre siguiente, tomó posesión el nuevo Prelado, Ignacio María de Orbegozo, que inicialmente fue acompañado por un pequeño grupo de sacerdotes. Su ingreso a la ciudad de Yauyos se realizó a los acordes de “*Sur le ciel de Paris*” que la municipalidad de Yauyos se ocupó de ofrecer en la plaza de armas. Me permito sugerir a Mons. García, que el próximo dos de octubre, al cumplirse 50 años, en algún momento de las conmemoraciones se escuche “*Sur le ciel de Paris*”. En el cielo habrá sonrisas y también en la tierra, sin ir más lejos en la parroquia de Imperial.

Al cabo de un año Mons. Orbegozo viajó a Roma y estuvo hablando con san Josemaría. “-**¿Y las vocaciones sacerdotales?** le preguntó el Fundador. - Padre -le dijo Mons. Orbegozo- este año nos lo hemos pasado sobre un caballo recorriendo la Prelatura... “Entonces me dijo, con delicadeza comentaba Mons. Orbegozo- con un gran respeto hacia mi libertad, que si él estuviera en mi lugar se **preocuparía fundamentalmente por las vocaciones sacerdotales...**”

“Cuando volví a Yauyos, creé una Asociación de acólitos, con chiquillos que estaban en las parroquias, de doce, de trece años...”

Las gentes eran muy sencillas, de una gran religiosidad popular, de fiesta de santo, pero no tenían ni noticia de la fe; del Bautismo sí; pero el Sacramento de la penitencia, por ejemplo, era desconocido.

Muchos no habían visto a un sacerdote en veinticinco años, y tenían una gran ignorancia religiosa, también entre el escaso clero que había”.

“Más adelante, cuando supo el Padre toda la labor que se estaba haciendo y los medios que estábamos poniendo

para promover vocaciones sacerdotales, me dijo que estaba muy contento, que bendecía nuestro trabajo y me aseguró que en veinte años veríamos mucho fruto”.⁴

Las provincias que conformaban la prelatura casi no habían sido atendidas sacerdotalmente. Hacía falta mucha fe para ver las cosas con ese optimismo.

Durante muchos años atendía toda la provincia de Yauyos un solo sacerdote quien se limitaba a residir en Yauyos y, desde allí, mantener la vida cristiana a través de las visitas a los pueblos en sus fiestas patronales o en la atención espiritual a los difuntos. Pasaba el año yendo a algunas parroquias y, contadas veces, a los distritos y caseríos olvidados en las alturas agrestes.

Cuenta Mons. Pélach que “el último obispo que visitó la región del Noroeste de Yauyos fue Santo Toribio de Mogrovejo, que estuvo en Huañec para un Sínodo diocesano, en el siglo XVI. Yo fui a atender la región de Langla y Langaico en el norte de Yauyos, donde hacía veinticinco años que había estado por allí el último sacerdote. Estuve un mes por aquellas alturas de 4.700 metros, atendiendo todo lo que pude. La gente se tenía por católica, pero había que casar a los abuelos, bautizar y casar a sus hijos y bautizar a los nietos”.

“Cuando a los cinco años se anexó a la Prelatura la provincia de Cañete, hicimos el recuento de toda la atención sacerdotal realizada. De cada tema había un sorprendente montón. Sólo recuerdo que mis horas de cabalgar sumaban más de 8.000 horas, que equivalían a más de 40.000 kilómetros, o sea, que me sobraban para haber dado la vuelta a la tierra”.⁵

⁴ Cfr. <http://www.opusdei.es/art.php?p=22293>.

⁵ Testimonio de Mons. Pélach”. Cfr. <http://www.opusdei.es/art.php?p=22293>.

Por otra parte eran años especialmente duros en los que pululaban muchos y graves errores doctrinales. Unos años en los que S. S. Pablo VI de forma insistente, había dicho que el humo de Satanás se colaba por entre las rendijas de la Iglesia. Era necesario ser fieles y oponerse al error. San Josemaría fue fiel a la exhortación de S. Pablo a Timoteo: “predica la palabra, insiste con ocasión y sin ella, reprende, reprocha y exhorta con toda paciencia y doctrina”.

La ayuda de San Josemaría tuvo su consistencia en la oración. También en sus días peruanos, especialmente en reuniones masivas, pidió frecuentemente oraciones por los sacerdotes, diciéndonos que los sacerdotes seríamos mejores si se rezara más por ellos. Promovió oraciones en todo momento como base y esperanza de vocaciones sacerdotales. El, muchos años antes, veinte más o menos, ya había orado mucho por esta intención, pudiendo asegurar a unas peruanas de paso por Roma refiriéndose a la Prelatura de Cañete, Yauyos y Huarochirí recién erigida: **“Dentro de unos años tendréis muchos sacerdotes nativos, muy bien preparados, que harán una labor verdaderamente maravillosa”**.⁶ Esto se cumplió al pie de la letra: vinieron muchos y muy bien preparados, con doctorados en las mejores universidades europeas. La primera ordenación de sacerdotes fue en 1978. Al cumplir la prelatura 50 años serán 66 los sacerdotes ordenados.

San Josemaría supo afianzar en aquel equipo sacerdotal que comenzaba, la piedad, la unidad con el Prelado, el espíritu apostólico, la vida en familia, el buen humor, el descanso.

El 30 de enero de 1958 les escribía exhortándoles a ser hombres de oración, cumpliendo las normas de piedad. Estad siempre alegres y optimistas les decía: “¡Comed, dormid, atendeos unos a otros, obedeciendo con espíritu sobrenatural a

⁶ URBANO, Pilar. "El hombre de Villa Tevere", Plaza y Janes. 1995, p. 441.

vuestro Prelado. Sed sinceros, vivid la práctica bendita de la corrección fraterna!”.

Y en otra ocasión: “Os encomiendo cada día, y pido especialmente por esos niños que estáis preparando: ya sueño con las vocaciones sacerdotales para la Prelatura de Yauyos. El trabajo quizá no será fácil, pero veo que es acertadísimo y, al fin, fecundo para el porvenir religioso de esas tierras”.

Y en otra fecha preguntaba al Prelado: **¿Van acomodándose al ambiente esos hijos que han llegado últimamente? Os encomiendo cada día. ¿Descansáis lo necesario? Que no dejen de dormir y de comer normalmente. Otra cosa no puede producir bienes, ni espiritualmente. Cumplidme las normas de piedad y estad siempre alegres, contentos: no estáis nunca solos, porque *consummati in unum*- todos estamos con el corazón y con nuestras oraciones en Yauyos. Os bendice cariñosamente vuestro Padre...”**⁷

A Mons.Orbegozo le hacía esta recomendación: **«Hijo mío, no dejéis de afeitaros todos los días; porque si, por las circunstancias, os abandonáis y dejáis estos detalles, dejaréis otras muchas cosas que perjudicarían vuestro trabajo.»**

Ha escrito uno de los sacerdotes de los comienzos: “La verdad es que, por seguir este consejo del Fundador del Opus Dei, hemos sido espectáculo divertido y asombroso para nuestras gentes, en las ocasiones en que no había más remedio que salir en busca de algún arroyo o acequia, para enjabonarnos, afeitarnos y lavarnos, quitándonos la ropa de medio cuerpo para arriba, en plena puna”.

7 DUCAY, Antonio, *JOSEMARÍA*. Ed. Tercer milenio, Lima 1996. n. 176 ss.

Con ocasión de un viaje a Roma, Mons. Orbegozo comentó con gracia a San Josemaría que al Padre Frutos no le agradaba cocinar. San Josemaría le envió un libro con recetas de cocina que se titulaba: “Carmencita la Cocinera”. La cosa no quedó ahí, por el cariño de San Josemaría y quizá por las dificultades del cocinero. Llegaron varios libros más de cocina. Uno con dedicatoria en latín: “Vade ergo et comede in laetitia panem tuum et bibe cum gaudio vinum tuum: quia Deo placent opera tua”. (Eccl. IX, 7) Roma, 22, V 1962. Y divulgada la fama de su buena cocina le envió otro titulado “La cocina familiar y práctica”, con esta dedicatoria: “Para Frutos, con un abrazo muy fuerte y una cariñosa bendición. Mariano. Roma, 25 de oct. 1963. ¡Con qué buena gana iría a conocer tu habilidad!”.

“Me gustaría recordar escribió Mons, Orbegozo- la profunda unidad y el ambiente de familia que fueron siempre y en todo momento nuestra más grata e inmediata compañía. Cor unum et anima una! Ese fue nuestro vivir, a pesar de nuestras miserias, o, quizá por ellas.

Y cómo no recordar, con verdadera ternura, a aquellos chiquilines de nuestra Asociación de Acólitos, depósito de nuestras mejores ilusiones que proyectábamos hacia las futuras vocaciones sacerdotales nativas. De entre ellos salieron los primeros alumnos de «Nuestra Señora del Valle», y, años después, los primeros sacerdotes. Todavía veo a alguno de ellos en alguna ocasión. Algo han cambiado: tienen más edad que la que nosotros llevábamos puesta cuando llegamos, algún título académico, mucha ilusión sacerdotal, y color, olor y sabor de Andes; porque allí, en la tierra que los vio nacer, quiso el Señor irlos a buscar. ¡Otro milagro de la fe y de la oración de nuestro santo Fundador!

Y, además, me acuerdo que lo pasábamos muy bien; que disfrutábamos de tantas circunstancias realmente divertidas; que convertimos en bromas el cansancio, el frío y hasta los indispensables magullones. Que nos sobró de todo, porque necesitábamos de bien poco para ser felices. ¡Jamás padecimos de insomnio, ni de inapetencia, ni de aburrimiento!"⁸

En una carta se expresaba así Mons. Orbegozo:

Mis "curicas" cosa aparte. Qué tíos más formidables! Cómo se ríen de la fatiga, del sueño, del hambre, de las dificultades... Parecen tontos, o lo parecerían desde fuera o locos. Y no son ni una cosa ni otra, sólo santos. Generoso que es Dios. Ha dispuesto 24 columnas de bronce para sostenerme a mí que soy un pobrete. Y encima se me ve grande y respetable. Porque es así, porque la Prelatura tiene aquí y allí un inmenso prestigio de cosa bien hecha. Y de rechazo el Prelado, halagado por todos

Un día se lo contaba al Padre y me dijo: Hijo mío es historia vieja. Dicen los italianos: "la sangre del soldado hace grande al capitán". Tenlo en cuenta y vive cada día con el empeño de restituir ese honor que no te corresponde.

Y como yo les digo constantemente lo de "la sangre del soldado" ellos se esfuerzan cada día con más rabia y prisa.

Uno de tantos días que les repetía la dichosa frase, uno de ellos, un segoviano, un gitanillo, por lo flaco y menudillo y lo moreno, entendiendo como yo quisiera

8 VALERO, Samuel, *Una Aventura en los Andes. YAUYOS*, Madrid 1990, Prólogo.

ofrecerles un ritmo de trabajo más tranquilo, me dijo: "No se empeñe es inútil, estamos dispuestos a hacer de usted una persona que lo valga". Carcajada general de todos, menos mía que estuve a punto de echarme a llorar.

"En todas las diócesis, ha escrito el P. Valero, los sacerdotes trabajan mucho, obedecen a sus obispos y llevan una vida espiritual en conformidad con su vocación, como nosotros en Yauyos. Pero ¿qué es lo que había allá para que fuéramos tan felices, para que nos llenáramos de gozo con los frutos de nuestro trabajo, y para que, después de años, lo recordemos, con nostalgia, como un fenómeno único e irrepetible?

Creo que esa dimensión de fuerte humanidad, que existía en las recíprocas relaciones de los sacerdotes entre sí y con el prelado, fue lo característico y lo grato de aquel Yauyos duro. Ese tono humano, recio y digno, armonizado simultáneamente con una seria vida interior, vivida con naturalidad, explica nuestro peculiar estilo de vida.

Pero, en mi opinión, lo humano, sin exigencia de santidad, fácilmente decae en pandilla de amiguetes frívolos, en simples juerguecillas clericales, para, luego, retornar a la triste soledad personal. Es necesario compartir la amistad y la piedad personal, sin disimulos ni timideces. La piedad nos da el tono sobrenatural, y la amistad nos brinda la compañía alegre del hermano sacerdote.

Me produjo una honda alegría, cuando oí decir a don Ignacio que, a él, teniendo, ante Dios y ante la Iglesia, toda la responsabilidad de aquel territorio, la Prelatura le

importaba un comino; lo que le importaba era nuestra santidad personal. ¡Exigencia absoluta de nuestra vocación sacerdotal!⁹

Este espíritu infundió San Josemaría a los sacerdotes. Unidad muy lograda, buen humor, trabajar sin condiciones. Damos gracias a Dios pues la prelatura de Yauyos ha ido y va adelante con ese mismo espíritu y la protección de San Josemaría.

“De entre todos mis recuerdos escribió Mons. Orbeagozo- sin duda el más sobresaliente, absolutamente, va unido al origen mismo de la Prelatura de Yauyos. El que fuera el siervo de Dios Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer quien recibiera el deseo de la Santa Sede de encomendar al Opus Dei una Prelatura nullius en el Perú ya constituye, por sí, una circunstancia formidable e irrepetible.

El que nosotros, unos pocos entre millares, sin ningún título que nos recomendara, recibiésemos, de un tan santo sacerdote y Fundador, la invitación para que comenzáramos aquella tarea de almas, fue asombroso y también irrepetible.

Estar seguros como lo estábamos de que nos hacíamos acreedores de su inmenso cariño, de su preocupación paternal, de su oración, de sus consejos y desvelos, era entrar en posesión de un verdadero tesoro. ¡De cuántas maneras nos lo hizo sentir a lo largo de aquellos años! Sus cartas frecuentes, siempre con aquel encabezamiento: «Que Jesús me guarde a esos queridísimos hijos de Yauyos», iban de s g r a n a n d o consejos, advertencias, ilusiones, cariño, preocupación

⁹ VALERO, Samuel, *Una Aventura en los Andes. YAUYOS*. Madrid 1990.

hasta por las cosas más pequeñas de la salud, de nuestro descanso, de nuestras comidas... Y con qué particular interés dirigía su atención hacia nuestra vida espiritual, al cumplimiento fiel de nuestro plan de vida sobrenatural. De ellas tomábamos, prestada, la fortaleza llena de alegría y de paz con que transitábamos aquellos caminos que Dios quiso poner ante nosotros para que, por cerros y quebradas, su Palabra llegara a tantas almas, tan buenas como pobres y abandonadas”.

Mons. Orbegozo, verdadero puente entre San Josemaría y los sacerdotes, tenía conciencia de ser instrumento elegido por Dios, por razones sobrenaturales. Pero hubo alguna razón más. Cuando venía al Perú a hacerse cargo de la Prelatura de Yauyos y Huarochirí, el avión que lo traía hizo escala en Río de Janeiro. Los viajeros pasaron a una sala de espera, como es habitual. Ahí se encontró con un buen amigo diplomático que ejercía su trabajo en la ciudad. En pocos minutos le convenció, ¡ital para cual!, de abandonar el vuelo y quedarse con él dos días en Río para conversar muchas cosas. Resolvieron rápidamente todo lo relativo a la visa de entrada y la entrega de la maleta que venía en el avión. Cuando salían del aeropuerto para ir a la casa vieron despegar al avión que había abandonado... y caer a la bahía, muriendo todos los pasajeros. Mons. Orbegozo sabía muy bien que era instrumento de Dios y que le esperaba una tarea especial.

Por los años 40 alguien regaló un anillo a San Josemaría para cuando fuera obispo. El se lo obsequió a Mons. Orbegozo que lo usó todos los días de su tarea de pastor en la Prelatura. No deja de ser muy sugerente.

Largas cartas escribía Mons. Orbegozo a la prelatura desde Roma, donde tuvo que permanecer bastantes meses asistiendo al Concilio Vaticano II.

El 3 de octubre de 1965 le decía al P. Puig: “Esteban: Me dio particular alegría tu carta. ¡Preseminario de mi alma! Comprendo que le tengo debilidad y es razonable, ¿no? Yo veo cuánto quiere el Padre al Preseminario y a esos crios. ¡Cuánto gozaría estando a su lado -me dice continuamente- y cuánta alegría le dan las noticias y comentarios que le hago sobre sus pormenores; anécdotas, detalles, etc. Siempre me dice que encomienda a diario a esos crios para que Santa María les lleve a muchos, a un santo sacerdocio, y que encomienda, especialmente, a todos los que vivís más directamente ese oficio -tú y Agapito- y a los que en cada Parroquia, se desvelan por esa tarea. ¡Luego, a todos!

Y como, además, tiene treinta y siete razones particulares para encomendar a unos y otros -por el hígado, o por el morro, o por sus buenas artes culinarias, o por los caminos y las alturas, y aún por los "aires"- resulta que estáis constantemente, y de modo particular, en el corazón del Padre.

No hace mucho me decía -con encargo de que os lo dijera- que me tenía una inmensa envidia a mí: Porque puedes estar a su lado, quererlos, ayudarlos, preocuparte de sus cosas, verlos, gozar con sus alegrías y padecer sus preocupaciones... **¡Qué envidia te tengo, hijo mío!: Nunca me agradecerás bastante el que quisiera entregarte ese tesoro... ¡Como no me lo guardes bien, te mato!**

Y así o de otra manera, esto ocurre a cada rato. ¡Qué suertaza tenemos!; Y yo, el que más, lo sé. “Bueno, majos. Que seáis buenos, bastante. Que trabajéis mucho -porque la vida como decía la tanguista, es un hueso que hay que roer...pero cuidándoos y guardándoos sanotes y

fuertes. Que estéis muy unidos y que os queráis con rabia y muchísimo, que esto sí que vale la pena. Que queráis mucho a la Santísima Virgen María. Y a esos críos todos de la Prelatura que son el mañana optimista de tantas labores y de algún sudorcillo ya gastado hasta aquí. Que viváis con cariño y delicadeza las normas. Que recéis mucho por el Padre y por sus intenciones, de veras importantes. Que recéis por mí. Que le deis muchas gracias a Dios por la vocación regalada, que es verdaderamente "una preciosa margarita". Que estéis muy contentos y alegres. Que os lo paséis bien y queráis a vuestro Preladete. Que me recéis mucho. Que me escribáis largo y mucho. Que pueda volver a estar con vosotros pronto.

Enrique, Samuel, todos, os quiero un montón majaderos. No sé cuánto, pero de veras muchísimo. Un millón de abrazos, todo el cariño y la bendición de Ignacio M."

El 19 de marzo de 1964, Monseñor Orbegozo erigió canónicamente el Seminario Menor de la Prelatura de Yauyos Colegio "Nuestra Señora del Valle", con sede en Nuevo Imperial para la formación de los seminaristas de la Prelatura. Y el 14 de abril de 1964, el Colegio empezó a funcionar con 40 alumnos. Todo se había preparado por medio de una intensa labor con acólitos. Se había conseguido un local apropiado mejorado con las convenientes obras de ampliación, para el internado y demás necesidades.

Ha escrito uno de los sacerdotes: "¡Por fin teníamos el tan soñado seminario! Enviamos a Roma, a San Josemaría Escrivá de Balaguer, fotografías de los seminaristas en las aulas, en el oratorio y jugando alegres en los campos deportivos.

¡Qué alegría la que dimos al Padre! Nos escribió animándonos a formarlos en virtudes humanas y en detalles de cosas pequeñas, mientras iban creciendo aquellos muchachitos; que amaran mucho a la Virgen Santísima y le ofrecieran pequeños sacrificios de la vida ordinaria”.

Así transmitió el prelado el encargo de San Josemaría, en la ceremonia inaugural, a todos los sacerdotes: “Hacer que los niños sean muy piadosos, que quieran entrañablemente a la Santísima Virgen y que amen de veras a la Sagrada Comunión. Que se esfuercen desde el comienzo por ayudarse mutuamente y se empeñen en hacerse la vida grata unos a otros, con espíritu de servicio. Que les enseñéis, desde el primer día, el cuidado material de todo, de las cosas propias y las del seminario, que encomendéis a cada uno algún encargo, de modo que adquieran un hondo sentido de responsabilidad, que los forméis en el respeto cariñoso y delicado a los superiores, pero lejos de todo servilismo y temor: que jueguen, que canten, que rían y también que estudien. El método es el de siempre: quererles como padre, como madre y como abuela”.

Once años después de la erección de la Prelatura, Mons. Orbegozo fue trasladado a Chiclayo. Allí Mons. Sánchez Moreno, obispo auxiliar, había iniciado una academia para la formación de seminaristas que llegaría a ser erigida como seminario mayor el año 1967. También once años después de la erección de la Prelatura, Mons. Sánchez Moreno fue trasladado a Cañete. Ambos prelados, con la oración y consejos de San Josemaría dieron buen impulso a la preparación de los sacerdotes. En Chiclayo en el presente año 2007 se cuentan ya 61 sacerdotes ordenados, 56 seminaristas en el mayor y 12 en el preseminario. En Cañete, con el impulso de Mons. Sánchez Moreno, el 4 de abril de 1971 se erigió el Seminario mayor que había tenido sus inicios como Academia San José. Cuando se

llegó al medio centenar de sacerdotes ordenados, la mitad provenía del seminario menor.

Cuando faltaban cinco meses para que se fuera al cielo San Josemaría, yo le conté un día en Roma, que acababa de releer aquella carta suya al Prelado de Yauyos, de veinte años antes, en la que aconsejaba los dos seminarios. Y que ya se ordenaban en ese mismo año los primeros diáconos. También le conté, así me lo había relatado el entonces Prelado de Yauyos, Mons. Sánchez Moreno, que les había llegado una carta de la Secretaría de Estado, pidiendo confirmación de las estadísticas relativas al seminario. Sencillamente, les parecía imposible que fueran tantos. Y se respondió comunicando que no estaban equivocadas.

Lo que tocaba San Josemaría, llevaba la bendición de Dios. El no lo veía así. Pero Dios obraba a través de él, de forma eficaz. Visitando el seminario de Cañete, repetía: “**Esto es un milagro**”. No reparaba en que Dios lo había hecho sirviéndose de él.

Otro ejemplo de lo que exponemos es lo sucedido en la diócesis de Abancay. Once años después de la erección de la prelatura, Mons. Enrique Pélach, vicario general, fue preconizado obispo de Abancay el 25 de junio de 1968. Escuchemos un recuerdo suyo.

Yo no encontré en Abancay seminario. Recuerdo que en la primera visita que hice en Roma, siendo obispo, a San Josemaría, me dijo no más llegar:

- Ya sé que en Abancay no hay seminario.
- No lo ha habido nunca, Padre.
- Pero ahora el obispo de Abancay eres tú, hijo mío, y tienes que tener seminario como lo recomienda la Iglesia.

- Sí, Padre; lo he pensado, pero va a ser difícil, porque ahora se van cerrando seminarios, considerándolos instituciones obsoletas.

- Lo sé; se cierran los seminarios y se pierden las vocaciones a millares. Pero tú, hijo mío, abre seminario, para formar sacerdotes doctos y santos para tu diócesis y para la Iglesia Santa.

A los tres meses viajé a España para pedir sacerdotes a algunos obispos. Volé también a Roma para saludar a Mons. Escrivá. Conversé con él varias veces de la diócesis, en una de ellas, salió el tema de mis sacerdotes y me dijo vivamente interesado:

- ¡Ama a tus sacerdotes! Quiérelos entrañablemente, compréndelos, no te escandalices de nada, ayúdalos.

Le conté que ya había conseguido camas, para que todos vivieran en el obispado, cuando venían a Abancay y no, en hotelitos y pensiones baratas como era costumbre.

- Muy bien, hijo mío. Que encuentren en el obispado vida de familia y un lugar adecuado para rezar y aprovechar el tiempo.

- Ya convertí una habitación en Oratorio y amigos de España me regalaron un sagrario y una imagen de la Virgen, que inspira devoción.

Siguió hablándome el Padre:

- Todos tenemos defectos, tú también los tienes y yo más que nadie; y todos necesitamos cariño y comprensión. Los obispos que no cuidan a sus sacerdotes ni les ofrecen su casa, luego se quedan más solos que la una. Ama a tus sacerdotes y tenles un gran cariño y ellos también te

Pasaron algunos años y había un intento, demasiado trabajoso, de seminario en la diócesis. Mons. Pélach, de acuerdo con los sacerdotes, había decidido cerrarlo pues no se lograba ningún resultado. Antes de hacerlo pensaron pedir consejo a San Josemaría que llegaba al Perú. Este le dio ánimos, le instó a seguir rezando y trabajando y lo llenó de seguridad: vendrían muchas vocaciones.

El protagonista de esta conversación, se conmueve al recordar, que en aquel momento, creyó a pies juntillas, que dentro de muy poco tendrían muchas vocaciones, y por eso el tema quedó zanjado. Lo relata lleno de agradecimiento, con el pasar de los años. Cuando se encontró con el rector del preseminario, y los otros sacerdotes le preguntaron enseguida qué le había dicho San Josemaría. Les contó la entrevista y sus consejos. El comentario unánime fue: entonces seguimos adelante, ya vendrán vocaciones. Nadie puso un pero, ni el menor reparo. ¡Le creyeron!

Y ¿qué sucedió después? Continuaron con los cinco seminaristas. Pero antes de cumplirse un año de la entrevista, se fue al cielo Mons. Escrivá. A los tres meses, en una reunión mensual de todos los sacerdotes, uno de los párrocos preguntó cómo debía preparar a dos muchachos que querían venir al seminario. Inmediatamente otros sacerdotes dijeron que también tenían uno o dos... Total: 12 muchachos que pedían entrar en el seminario. Nunca habían tenido tantos. Comenzaba a cumplirse la profecía. Al mes siguiente,

noviembre, eran 32, en la reunión de diciembre pasaban de 40 los muchachos que querían ingresar al seminario.

Dado que no cabían en la casucha que tenían, tomaron tres decisiones. Tener en la primera quincena de enero un cursillo de selección; comprar de inmediato un terreno, para construir de una vez el seminario menor y el mayor; ambos seminarios. Para todo ello tenían un buen abogado en el cielo.

Al cursillo de selección, del 2 al 15 de enero, los párrocos llevaron 53 muchachos. Al final del cursillo, y con mucha pena, admitieron sólo a 18, porque la casucha-seminario no daba para más, y aún, eso, poniendo el comedor en el patio, bajo un cobertizo de “eternit”, convirtiendo el comedor en sala de estudio y la sala de estudio en dormitorio con camarotes.

El terreno se compró sin tener dinero. Una huerta grande a trescientos metros del Obispado y la Catedral. Lo pagaron en tres meses con ayudas del exterior. En abril tenían el terreno en propiedad, con escritura pública, los planos de ambos seminarios, menor y mayor, y comenzaban las obras con 22 obreros.

Las vocaciones siguieron llegando año tras año en abundancia. Pronto tuvieron que decidir que la totalidad de la construcción sería sólo para seminario mayor: filosofía y teología. Y consiguieron, regalo de los Padres de la Orden Franciscana, un nuevo terreno para seminario menor, a unas cuatro cuadras de distancia.

Desde aquella conversación de Mons. Pélach con San Josemaría en 1974 hasta los comienzos del 2007 se han ordenado 140 sacerdotes, de los cuales 66 para Abancay. Tienen 51 seminaristas en el Seminario mayor y 71 en el menor. En la diócesis siguen confiando en su intercesor, San Josemaría,

fiándose plenamente de él. En el seminario quedó como recuerdo una lápida con el retrato del San Josemaría agradeciéndole que “en 1974, ante la escasez de vocaciones sacerdotales que asolaba la Diócesis de Abancay, aseguró que, con el recurso a la oración, vendrían numerosos candidatos al sacerdocio, como efectivamente ocurrió”.

Otro Prelado, obispo de una diócesis de la costa, nos podría contar que hace pocos años no tenía seminario. Pero que un sacerdote experimentado en la labor vocacional, con la vibración, los consejos y la oración del San Josemaría, le ayudó a poner en marcha esta labor. Ahora tiene muchos seminaristas mayores y varios se han ordenado para su diócesis y otras.

San Josemaría al llegar al Perú se lamentó por la escasez de sacerdotes. Siempre han sido insuficientes los sacerdotes en nuestro país (¿por qué será? ¿será la debilidad de la familia?), él lo sabía, y al estar entre nosotros esa realidad le pesaba más en el alma. Fue el principal tema de conversación con el Cardenal Landázuri, en el palacio arzobispal.

El día 26 de julio, en Chosica, hablando a un grupo muy numeroso de sacerdotes, cerca de cien, se expansionó diciéndonos: He aprendido mucho en Lima. He aprendido a ser más humilde. He aprendido a luchar contra la corriente, porque cuidado que estáis solos. Por mucho que he abierto los ojos, no he visto más curas que vosotros. ¿Dónde se esconden los demás? No lo entiendo.

Antes de esa reunión, desde horas antes se le veía recogido en oración, preparándose. Al llegar, hizo un gesto con el índice de su mano derecha, cortando unos aplausos que comenzaban. Llevaba el propósito de abrir su alma, mostrar como el Señor se metió en su vida, para animar a todos a buscar vocaciones para el sacerdocio. Comenzó diciendo que aquella

conversación tenía que ser una confidencia de hermano y de Padre: quería abrir su corazón delante de ellos.

Se le notaba un poco cansado, convaleciente aún de la enfermedad que le había afectado en los días pasados. Con razón un documento solemne de la Santa Sede calificó a estos viajes suyos de extenuantes. El tono de su voz -bajo, como un murmullo confidencial- y las palabras con que dio comienzo, crearon un ambiente especialmente íntimo. Nos confió que el Señor hizo una de las suyas y que barruntó el Amor, la llamada de Dios. Supo que quería algo de él.¹⁰

Más adelante llegando al punto culminante de su conversación -una confidencia muy particular la llamó en algún momento- nos hizo considerar que antes los sacerdotes vivían con la seguridad física de que tendrían continuidad. Había abundantes vocaciones, las familias llevaban sus hijos a los Seminarios y se facilitaba la continuidad. Nos pedía sacar una decisión, un propósito: promover vocaciones para el Seminario de cada diócesis. Dadles vida interior, aconsejaba; enseñadles a amar a Dios, a encontrarle dentro de su alma, a tener una piedad filial a la Santísima Virgen, a pensar que la cosa más grande del mundo es ser otro Cristo y el mismo Cristo. Y que buscaran ayuda económica.

Tranquilizó a un médico que lo veía cansado. Nos habló de la últimas estadísticas eclesásticas diciéndonos con pena que la Iglesia se encogía. ¡Hermanos míos!, nos decía con fuerza, quizá desea el Señor que me despida hoy de vosotros de esta manera: poniéndoos la ilusión, el entusiasmo, el afán de formar sacerdotes. ¡Depende de vosotros! Y con precisión detalló la formación que había que darles.

¹⁰ DECRETO PONTIFICIO sobre el ejercicio heroico de las virtudes del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, Sacerdote, Fundador del Opus Dei. Roma, 9 de abril de 1990.

Removía a los sacerdotes presente diciéndoles que suponía que estaban haciendo propósitos; pensando en muchachos que conocerían, en familias menos piadosas pero que tienen hijos buenos. Ya estaréis encomendando, afirmaba, que el Señor os ayude a echarles el anzuelo, a arrastrarles, a ilusionarles. ¡Vosotros y yo somos felices!, decía con fuerza. Os veo a todos en la cara que sois felices. Con preocupaciones, con disgustos, con contrariedades. Yo soy feliz, ¡muy feliz!, y quiero que otros muchos sean felices como yo, y más que yo, porque serán mejores.

Y levantaba el tono de la exigencia diciendo: ¡Hermanos míos! ¡Decisión! Y a ponernos a la obra enseguida. ¿Qué he hecho para encontrar vocaciones? ¿A qué Seminario los puedo dirigir? ¿Qué escuelita puedo preparar? Una escuelita, a veces con una buena maestra de pueblo, es el camino para comenzar. Después, contáis con Obispos encantadores, que consideran el Seminario como la pupila de sus ojos. No es posible que el Perú se quede sin sacerdotes. ¡No es posible! Esto es el Imperio del Sol, pero ha de ser el Imperio del Sol divino. Esto debe ser la luz divina, la solución para muchos países americanos. Si vosotros os empeñáis, con la gracia del Señor, lograréis trabajar en el Perú y desde el Perú. Gracias a Dios y a la intercesión de San Josemaría varios sacerdotes promovidos por él fueron a trabajar en Estados Unidos con los hispanos y en otros países de América.

Y hacéd rezar por el Seminario, añadía. Esas viejitas que suspiran en el rincón de la iglesia -a mi me reventaban cuando era joven, añadía, y ahora las miro con mucha envidia-, que suspiren por los seminaristas, rezando al Señor para que sean santos y fieles. Y los sacaréis adelante. Estoy hablando todo el rato de vocación sacerdotal. Ya veis que no hablo de vocación al Opus Dei. No es que las rechace, al contrario, ojala fueran

muchas las que vinieran por vuestras manos. Pero me interesa deciros que deben llegar vocaciones para los Seminarios.

Insistía en que no se quedaran tranquilos si no proporcionaban vocaciones. En ocho o nueve años puede comenzarse ya a ver los frutos de vuestra labor sacerdotal, precisaba. Nos proponía ser ejemplo manifiesto de la presencia del Señor en el sacerdote, que continúa viviendo en la tierra a través de él, que en el altar es Cristo, y cuando da la gracia y cuando administra los Sacramentos es Cristo. ¡Que se enamoren de esa figura! “¡Sacerdotes y seminaristas! repetía mientras se retiraba- Perú, decía con fuerza, no debe quedarse sin sacerdotes. Depende de vosotros”.

Nos persuadía a hacer esta labor, mirando y amando a toda la Iglesia, sin reducciones de ningún tipo. Nos hablaba en estos términos. Propósito firme: ¡por lo menos, un sucesor! Y, como fallan, por lo menos dos, para que haya el cincuenta por ciento de probabilidades. Y mejor tres, y así nos movemos con más seguridad. Si os lo proponéis, le daréis la vuelta a todo. Basta que queráis. Diréis: Padre, ¿y usted, para el Opus Dei? El Opus Dei ya saldrá. También nos vendrán vocaciones para el Opus Dei, a montones; pero no se trata ahora de eso. Se trata de promover vocaciones al sacerdocio, para las diócesis. ¡Buscadlas, pedidlas al Señor! Rogad al Señor que envíe obreros a su mies! A mí me conmueven aquellos paseos de Jesús, rodeado de sus discípulos hambrientos, por los trigales de Galilea. Y el Señor se queja: la mies es mucha, los operarios pocos. Nunca ha sido tan grande la necesidad de operarios para la mies de Cristo, como ahora.

Dios quiso acoger la oración y la vibración de San Josemaría, y los sacerdotes que le escucharon fueron fieles a todo lo que oyeron y se escribió una página muy fecunda en la vida de la Iglesia en el Perú. En momentos de deserciones y

desánimos, de cierre de seminarios y experiencias extrañas, que por lo menos estaban fuera de lugar, “en ocho o nueve años” se comenzaron a ver los frutos, y poco a poco comenzaron a madurar.

A lo largo de los años San Josemaría había escuchado muchos relatos de toda la labor en la prelatura. Hasta conocía nombres, como el del primer seminarista que sería después el primer sacerdote y ahora obispo de Juli: José María Ortega. “Chama”.

El y los demás seminaristas, conservarán siempre un recuerdo vivísimo del paso del Padre por el Seminario. Le impresionó a “Chama” ver su amor a Jesús Sacramentado, pues en tres ocasiones preguntó por el Oratorio, que había quedado lejos, en la entrada de carros; la alegría desbordante que manifestaba su rostro; la pulcritud atrayente en el vestir y el cariño inmenso para todos.

Mons. Sánchez Moreno le dijo: “Padre, éste es Chama”. Recibió un fuerte abrazo y un beso lleno de cariño. Tenía conciencia de que el Padre ya le conocía. La despedida aumentó la emoción de todos, que le acompañaban como embobados. “**Que queráis a vuestro obispo**”, repitió. Sentado ya en el carro, fueron pasando, volviéndose a poner en la cola, a besarle la mano. El se daba cuenta de la picardía y decía a cada uno: “**¡Hala!, que seas fiel, alegre, rezad por mí**”.

El milagro es muy grande. Desde que San Josemaría visitó el seminario en Cañete, julio de 1974, hasta el 9 de diciembre de 2006, se han ordenado 59 sacerdotes. 14 trabajan en otras jurisdicciones, dos en el extranjero y dos han fallecido. Hay en este momentos 7 diáconos transitorios. En el seminario mayor 41, en el menor 110 alumnos. Al comenzar a trabajar en

la provincia de Cañete, les habían dicho que no encontrarían ni monaguillos para ayudar a Misa.

Desde el 26 de julio de 1974, fecha de esta tertulia memorable, a enero de 1996, como fruto del celo proselitista de los sacerdotes que estaban presentes, en aquella tertulia, se ordenaron más de 200 presbíteros para trabajar en Chiclayo, Chota, Lima, Abancay, Ayacucho, Huancavelica, Cuzco, Chuquibambilla, Cañete, Huánuco y Huaraz. Se iniciaron varios seminarios que hoy día son florecientes. Cuando San Josemaría hablaba a este grupo de sacerdotes en Chosica, los sacerdotes peruanos de nacimiento eran un poco más de 500¹¹.

Refiriéndose a la Prelatura de Yauyos el P. Ducay ha escrito recordando el paso de San Josemaría Escrivá por el Perú:

“El Padre regresa a Roma, pero la huella de su oración, de su cariño y de su recuerdo, da frutos insospechados. El crecimiento continúa. En unos cuantos años más, los pueblos están atendidos por sacerdotes nacidos en la prelatura. Algunos de aquellos otros que treinta años antes llegaron a Yauyos, con una gran ilusión en el alma y toda la fuerza de su juventud, vuelven a sus diócesis de origen con la alegría de haber dejado una huella luminosa de vocaciones sacerdotales. En su recuerdo se han grabado aventuras, esfuerzos y sacrificios sin cuento. En el corazón de miles de pobladores de las sierras y de los valles costeros, queda un agradecimiento hondo y una gran veneración al sacerdote.

Un día que están reunidos en animada tertulia sacerdotes jóvenes y mayores, resulta emotivo el comentario de uno de los primeros que vinieron a

¹¹ "En 1901 el 82% del clero en el Perú era nativo; pero en 1973, sólo el 38% era peruano de nacimiento". Secretaría Nacional del Episcopado: *Iglesia en el Perú* (Lima) 16 (marzo 1974) 7; 19 (junio 1974), 11.

Yauyos. Se vuelve afectuoso hacia el sacerdote joven sentado a su lado y dice sonriente: «¡A este sacerdote lo bauticé yo!» Todos ríen, algo emocionados. En ese momento, otros sacerdotes jóvenes también piensan con cariño y agradecimiento en aquel buen sacerdote que les bautizó, que supo sembrar en su corazón la vocación sacerdotal, y que sigue despertando ilusiones en otros continentes, probablemente con el corazón y el recuerdo en Yauyos”.¹²

Muchos de ellos, han recibido la vocación para la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.¹³ Así se expresaba acerca de esta labor impulsada por San Josemaría el Arzobispo del Cuzco, Mons. Mendoza Castro el año 1985. “Soy vecino de las diócesis de Abancay y de Huancavelica; en la primera de ellas pasé mis primeros años como Obispo. Me une una estrecha amistad con muchos sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, Asociación de clérigos intrínsecamente unida a la Prelatura Personal del Opus Dei. Puedo asegurar que el florecimiento de vocaciones sacerdotales en el Perú va de la mano de sacerdotes, metidos en las alturas de nuestros Andes, cobijados en las frías punas o asentados en muchos pueblos de nuestra Costa y Sierra, que animados por el espíritu de Monseñor Escrivá y perteneciendo a esta Sociedad Sacerdotal, trabajan promoviendo el bienestar social y humano y descubriendo vocaciones sacerdotales, generosamente. Este trabajo sí que es una clara opción, ni exclusiva ni excluyente, por los más pobres. El silencio y el trabajo discreto es lejano y por eso no se conoce suficientemente. Yo sí lo conozco, lo veo y admiro y lo proclamo en honor de su Fundador. Son hijos fieles de una gran Padre”.¹⁴

¹² DUCAY, Antonio, *JOSEMARIA*, Ed. Tercer milenio, Lima 1996, p. 177.

¹³ La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz es una asociación de clérigos intrínsecamente unida al Opus Dei. Está formada por los clérigos de la prelatura que son socios natos y por otros presbíteros y diáconos diocesanos. El prelado del Opus Dei es el presidente de la sociedad. Los clérigos diocesanos que se adscriben a la sociedad buscan recibir ayuda espiritual para alcanzar la santidad en el ejercicio de su ministerio, según la ascética propia del Opus Dei. Su adscripción a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz no conlleva la incorporación al presbiterio de la prelatura: cada uno sigue incardinado en su propia diócesis y depende sólo de su obispo, también en lo que se refiere a su trabajo pastoral, y sólo al obispo da cuenta de esa labor.

¹⁴ MONS. MENDOZA CASTRO, Alcides, Arzobispo del Cuzco, “*Testigo de amor a la Iglesia*”, *El Comercio*, Lima, 26.VI.1985.

En Huancavelica comenzaron desde cero con un seminario menor que ahora acoge a 170 alumnos. Tienen 30 seminaristas mayores y dos más en Europa. Han ordenado 30 sacerdotes.

La diócesis de Chiclayo, desde la visita de San Josemaría al Perú, cuenta con un seminario mayor que ahora forma a 56 seminaristas, un Pre Seminario con 12. Y ha ordenado 61 sacerdotes.

Cuando Mons. Samoré solicitó de parte del Santo Padre, que eligiera una prelatura de las creadas en el Perú además de Yauyos, la que nadie quiso, otra era la de Juli. El primer seminarista de Cañete, que fue el primer sacerdote ordenado, es ahora el obispo prelado de Juli y ya está organizando el antiguo seminario de Chuchito, con esperanza de abundantes vocaciones.

Igualmente Monseñor Mario Busquets, después de muchos años de trabajo generoso con Mons. Orbezo y después con Mons. Sánchez Moreno en la prelatura de Yauyos, fue elegido obispo prelado de la prelatura de Chuquibamba. El año 1974 escuchó a San Josemaría hablando a los sacerdotes en Chosica. Además, con el espíritu vocacional que había vivido en la prelatura de Yauyos inició, partiendo de la nada, un seminario que ofrece ya muchas promesas y presenta algunos frutos.

Desde marzo del 2001 en que fue nombrado Obispo de la Prelatura de Chuquibamba, vio la necesidad de sacerdotes para la atención de los fieles y desde aquel momento rezó y trabajó para que la prelatura de Chuquibamba, al igual que otras jurisdicciones eclesiásticas, tuviera su propio Seminario.

Este se inició el 7 de abril del año 2002, día del Buen Pastor; como Seminario Propedéutico albergando 6 seminaristas.

En diciembre del 2005 se inició el Seminario Mayor Nuestra Señora de Quilca. El primer local fue la Casa de Retiros el Buen Pastor, hasta el mes de marzo del 2006 en que se trasladaron a un nuevo local.

La Patrona del Seminario es Nuestra Señora de Quilca. Los Protectores elegidos son San José, San Josemaría, San Juan María Vianney y San Pío X.

Actualmente, con un año y medio de vida, el Seminario alberga 30 Seminaristas, 6 el seminario Propedéutico Nuestra Señora del Carmen y 24 Seminaristas el Mayor.

Entre los Seminaristas Mayores 11 cursan estudios filosóficos y 13 estudios teológicos. Entre los Teólogos, 9 estudian en el Seminario y 4 en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

Ya cuentan con 11 profesores con Título Académico. Y una Biblioteca con más de 6000 libros. Se han propuesto conseguir 100 vocaciones de sacerdotes y en esa dirección desarrollan diversas actividades. El 15 de agosto de este año 2007 se realizará la ordenación diaconal de los tres primeros seminaristas formados en el Seminario.

El Perú tiene una deuda de cariño con San Josemaría Escrivá pues son evidentes los alcances de la labor del sacerdote en la vida cristiana y en el plano de la promoción humana.

En el escudo episcopal de Mons. García, en el lema se

pide a la Virgen que conserve seguro el camino. Así lo viene haciendo y lo hará.

Al cumplirse los primeros 50 años de la prelatura tengo la seguridad de que San Josemaría le estará diciendo al Prelado, a los sacerdotes, a las religiosas, a los fieles... “Anda, y come tu pan con gozo, y bebe tu vino con alegre corazón; porque tus obras son agradables a Dios”.

Vicente Pazos G.

Capellán de la Universidad de Piura